

4

ESCUELA

DE

ARTES Y OFICIOS

DE

CONSTANTINA

TRABAJOS LEÍDOS

EN LA APERTURA DEL CURSO DE 1901-1902, EL DÍA 12
DE SEPTIEMBRE DE 1901.



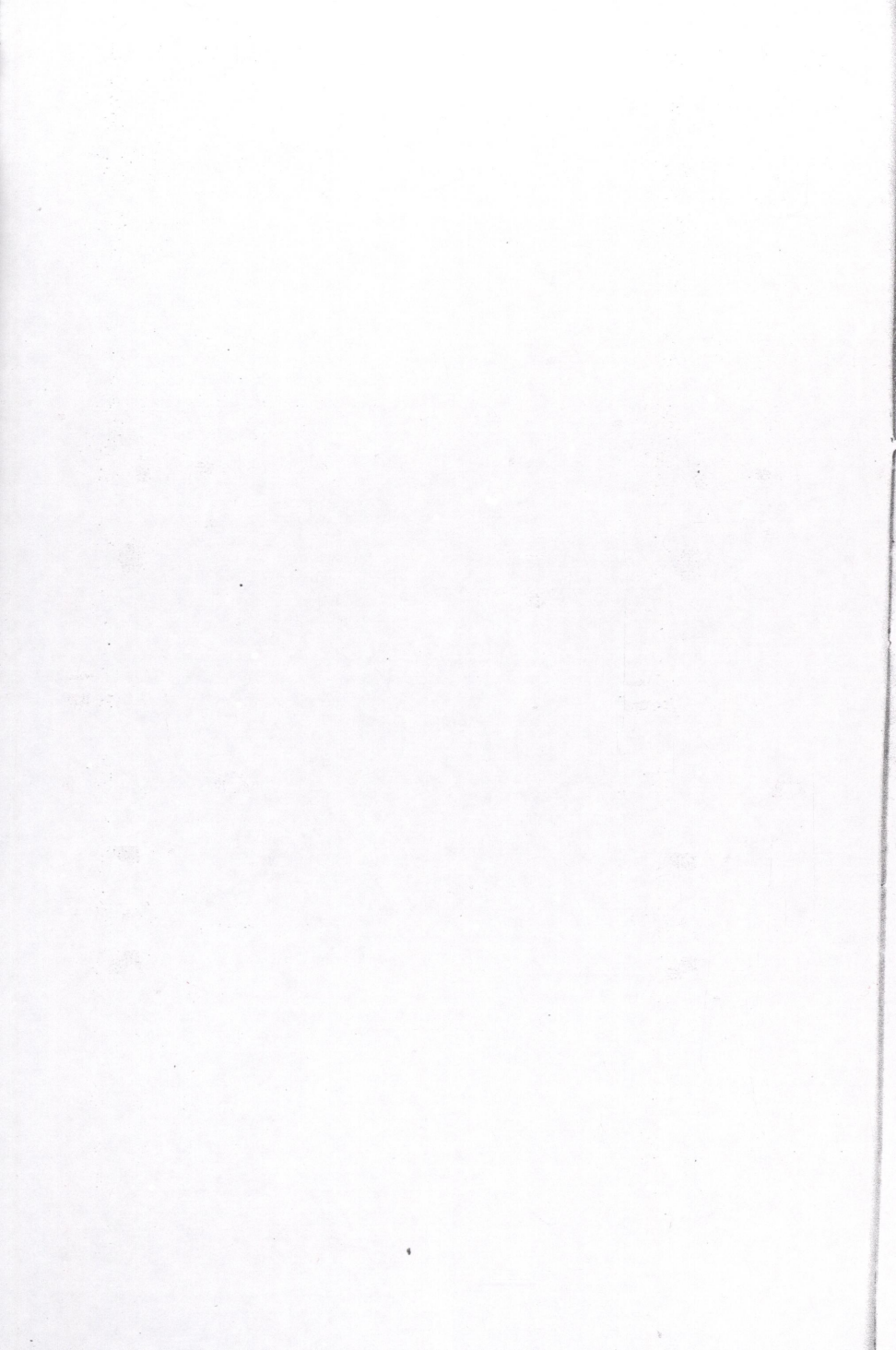
SEVILLA

Est. Tip. de LA ANDALUCIA MODERNA
1901

F

5638





MEMORIA

DE

D. JOSÉ MONTERO NAVAS

SEÑORES:

Quisiera disponer de rica imaginación y de gran facilidad expresiva, para manifestaros, en primer término, el agradecimiento que os debo por la atención que me dispensais, concurriendo á esta sesión inaugural de curso, que si en años precedentes pudo considerarse de *exposición*, en el presente ya hay que mirarla bajo el concepto recopilativo, porque en el curso último, nuestros esfuerzos se han dirigido á recabar los laureles conquistados por los esfuerzos de esta Escuela, preparando el terreno para su desenvolvimiento futuro en la esfera social, con el gran interés que afecta á este pueblo, siquiera haya de envanecerme de haber contribuido con mis discípulos al engrandecimiento moral y positivo de la vida artística de Constantina, cuyo nombre, por el esfuerzo de esta modesta institución, ha tenido el honor de merecer los más calurosos plácemes de los maestros celebrados de las Academias sevillanas, de todos los amantes de lo bello, y, lo que es más laudatorio, del Centro que da prestigio y honra inmaculada á las obras del arte, como lo es sin duda alguna la Academia de San Fernando.

Dan de todo ello glorioso testimonio, los premios obtenidos por nuestra Escuela en el público certamen celebrado en Sevilla, con el

nombre de *Exposición Obrera*; en el Nacional, donde concurrimos para conseguir también, con premios y laureles, la estimación de los primates del arte español, y ya con todo esto mi vanidad satisfecha, necesario era ensanchar nuestro porvenir, cimentando el presente en un trabajo de constancia edificante que nos lleve como por la mano al culto de esa gloria que se inspira en los goces del bien realizado, cuando este bien redunde en provecho de honrosas colectividades

Por Constantina y para Constantina ha sido todo mi esfuerzo y todo mi trabajo, si modesto y sin relieve, con una voluntad firme y heroica que me habeis ayudado á sostener, con mis discípulos predilectos, vosotros todos los que representais en este pueblo ilustración y buen sentido. Con vosotros también coincidieron otras altas representaciones gubernativas y políticas, á cuyo respeto debe esta Escuela la alta estima en que se la tiene y el concepto oficial que va ganando para, muy en breve tiempo, ser considerada digna del galardón de una recompensa por el Estado, con el fin de que la clase obrera de esta villa vea ensancharse sus horizontes de desenvolvimiento y vida, abriéndosele de par en par con los estímulos del trabajo y de la instrucción educadora y los elementos del porvenir que lleve implícito el alto concepto de la belleza expresada por el Arte.

No es posible que yo deje en olvido, aunque en ello muestre predilección, nombres respetables que por el amor significado á esta Escuela merecen de ella y de mis discípulos, la más grande estima y el reconocimiento más solemne. Quiero que en este punto se destaque el de nuestro representante en Cortes, D. José de la Bastida, que dando pruebas de su amor entrañable á su pueblo, á la vez que de sus aficiones artísticas, no ha perdonado medio de ninguna clase para que hayamos obtenido en Madrid, con premios y honores grandes, la seguridad de subvenciones que muy en breve serán un hecho, las cuales contribuirán de modo extraordinario al mayor desenvolvimiento de nuestros propósitos, en lo que justo es confesar que también coincidió la de nuestra digna representación local, cuya modestia, por hallarse presente, no he de ofender, expresando sólo que hizo todo cuanto estuvo á su alcance en favor de esta Escuela de Artes y Oficios.

No quiero resultar ingrato reservándome el nombre del Ilustrísimo Sr. Duque de Baena, con cuyo apoyo hemos contado para la se-

rie de triunfos obtenidos: merece nuestro agradecimiento y justamente se lo tributamos en esta solemne ocasión.

Era hace cinco años nuestra Escuela una idea embrionaria, que surgiendo con cariño de mi espíritu ha ido poco á poco formando cuerpo en el amor á mis discípulos y en el que ellos me profesan, ensanchando nuestra esfera con la protección del vecindario, con el amparo del Ayuntamiento y con una perseverancia en un todo identificada con la noble causa que la inspira: ya podemos decir que entramos en los moldes de perfecta constitución con aquella madurez que da el prestigio cimentado en el trabajo y en las simpatías que conquista la actividad honrada.

Gracias doy á todos por el concurso que me han prestado, y por el que seguramente seguirán prestándome, para que en día no lejano, Constantina sea, á la vez que elogiada por la fértil riqueza de su suelo exuberante, dignamente considerada por su educación obrera y por su concepto esencial artístico.

Réstame sólo manifestaros nuestros leales propósitos de corresponder al deseo que esa inspiración informa, y si hoy poco realmente habeis de notar con carácter de novedad en los trabajos de mis discípulos, ya que el curso anterior ha sido de recopilación, os prometo para el año venidero que con el esfuerzo de esos alumnos operaremos una labor que represente por lo ménos nuestro agradecimiento y la seguridad de que nuestros pechos alientan, en oro de buena ley, el amor al pueblo natal sobrepuesto á todos los egoísmos y á todas las pequeñeces de la vida.

El incansable patrocinador de esta Escuela, el Sr. D. Francisco Segovia de la Rosa, nos marcará el derrotero que hemos de seguir, de esa manera tan magistral que él sabe hacerlo, por lo que todos tenemos impaciencia por oírle y admirarle una vez más.

HE CONCLUIDO.

DISCURSO

DEL

SR. D. FRANCISCO SEGOVIA DE LA ROSA

Vengo con cariño, no exento de temor, á ocupar vuestra ilustrada atención, rindiendo á la deferencia del Sr. Director de esta Academia mi buen amigo D. José Montero Navas, el tributo de mi agradecimiento, porque ha creído en mí, sin otro precedente que mi buen deseo, competencia bastante para distinguirme con el honroso encargo de dirigiros la palabra en la solemne sesión inaugural de curso de esta Escuela de Artes y Oficios, honra de Constantina y una de sus más enaltecidas instituciones De mi simpatía; porque bien merecida la tiene de todos quien tanto y tan bien como el señor Montero se afana por la ilustración de este pueblo en el que ha logrado despertar, con aprovechamiento reconocido, una afición entusiasta por las artes, sacrificando á sus discípulos las gloriosas pompas del éxito y contribuyendo á la educación práctica de la juventud en esas enseñanzas edificantes, sanas para el espíritu, y altamente provechosas para las múltiples exigencias de la vida.

Todos los que como yo sientan por Constantina esos entusiasmos que se esbozan en el idilio y pueden por muy nobles arranques del alma llegar hasta las más altas cumbres de lo épico, es indudable que hemos de ver con agradecimiento profundo, con noble satisfacción, los esfuerzos que hace ésta Escuela, y especialmente su ilustrado Di-

rector, para que su apostolado artístico, en medio de la fría indiferencia de unos y el desvío no explicable de otros, llegue, sin embargo, á colocarse en tan esclarecido lugar que sorprende tanto por lo inopinado del éxito, como por la justicia de sus méritos. Díganlo si nó las honrosas recompensas obtenidas por los educandos de esta Escuela en los Certámenes regionales y nacionales á donde concurrieron con sus obras, y por esas provechosas campañas artísticas podeis todos percataros de cómo la justicia se abre paso y une sus manos para tributar el aplauso que merece tanto esfuerzo bien logrado, tanta resignación glorificada y tanto mérito aquilatado. Yo, en nombre vuestro y en el de todo el pueblo de Constantina, solicito un voto solemne de fervoroso agradecimiento para el Sr. Montero, voto que, no en balde seguramente, me atrevo á pedir desde aquí al ilustre Ayuntamiento, para que le consigne con distinción especial en las actas municipales.

Y ya con estas manifestaciones, que como primera exigencia, estaba obligado por méritos de justicia á hacer al comienzo de este discurso, si me permitís que así lo nombre, sólo me resta, por vía de exordio, encomendarme á vuestra no desmentida benevolencia, seguro de que no habeis de rehusármela en esta ocasión, más que por mis merecimientos tan escasos, por la buena voluntad con que me apresuro á corresponder al favor y á la cortesía que siempre me habeis dispensado con prodigalidad.

Dicho esto, entro en materia y procuraré no cansar mucho vuestra benévola atención.

Extraña generalmente á los sociólogos que en los albores del siglo actual, cuando ya parecían definitivamente resueltos los problemas fundamentales que han agitado al mundo en el desenvolvimiento de la vida humana resurjan ahora esos mismos problemas, con nuevos bríos y más que nunca latentes é inextricados, aprisionando á los espíritus en atmósfera densa de perturbación y de discordia. Por muy sabios y previsores que sean los hombres, no pueden sustraerse al olvido de las leyes por que la humanidad se rige, sin embargo de que se cumplen fatalmente á despecho de esos olvidos y de esas mismas imprevisiones; que los humanos destinos no han de interrumpirse ni por la inadvertencia de los sabios ni por la voluntad de los hombres mismos, ya que la fatalidad no deja de ser factor trascendente en las

manifestaciones de la vida social, aunque esto parezca ir en pugna con el principio de libertad en que se informan las acciones humanas.

No es extraño, por consiguiente, que tras las doctrinas constitucionalmente afirmadas por los pueblos en las etapas diferentes de su historia, tras de los convencionalismos llevados á la ley en la circunstancialidad accidentada de los grandes sucesos, tras de las síntesis históricas que por un momento tranquilizaron los espíritus abatidos de los hombres, veamos renacer las mismas ideas, con nuevos ropajes, pero con iguales tendencias, encaminadas á expresar con virilidad más creciente exigencias reformatoras de la vida social, que sin reparo se agitan, removiendo y perturbando los organismos todos, con las oleadas propias de los períodos constituyentes, significando con ansias locas el afán de conmover al mundo para la conquista de esos ensueños que apasionan al espíritu poniéndolo en lucha aparente con todos los humanos convencionalismos.

Y es que el hombre incesantemente se agita en la órbita del progreso, en su afán de implantar sobre lo bueno lo mejor, lo indefinido sobre lo finito, la razón sobre la ley, la justicia constituyente y soñada sobre el defecho constituido, la moral sobre la religión positiva, sobre los fetichismos humanos á Dios eterno é inmortal.

Esa constante aspiración, esa lucha incesante, esa batalla tan pronto reñida como nuevamente planteada, es significativa expresamente del enunciado legal de la vida humana en su ansia de perfectibilidad jamás satisfecha y eterna propulsora del linaje humano.

No puede concebirse la existencia de la sociedad prescindiendo en sus caracteres de los elementos que entran á constituirla. Si es el hombre quien la vivifica y forma su célula primordial, es indudable que la resultante de la sociedad, ha de venir animada del espíritu humano esencial que caracteriza al individuo, de quien recibe su vida y su sustancia.

Pues bien; existen en el hombre dos corrientes impulsoras de vida psicológica, eminentemente conservadora la una y ardientemente invasora la otra: por la primera, aceptamos los hechos consumados, ponemos la razón práctica al servicio del bien general, se estimulan los elementos de concordia poniendo á prueba el juicio, la razón, el justo medio, el buen sentido, todo lo que aconseja la prudencia racional en

mayor evidencia de la solidaridad humana; por la segunda corriente, nuestro espíritu nos guía de lo práctico á lo ideal, de lo contingente á lo infinito, de lo positivo á lo especulativo, de lo constituido á lo constituyente, y así la imaginación se lanza buscando su meta en el mundo de los ideales, preparando con doctrina y apostolado resurgentes, nuevas concreciones sociales, que á través de luchas más ó menos tenaces logran entronizarse las más veces, realizando esos progresos que con piedra blanca señala la historia y que son á la vez punto de partida para otros que luego han de sucederse en esta constante y renovadora lucha del espíritu, para el mayor engrandecimiento y perfección de la humanidad.

Entre esos problemas, siempre discutidos y jamás resueltos en definitiva con caracteres de verdadera permanencia, es sin duda alguna el más trascendente el llamado á definir las relaciones armónicas del capital y el trabajo, á lo cual hoy se llama cuestión obrera latente en todos los pueblos y que amenaza con síntomas graves á la producción y á la vida, en términos nunca como ahora expresados, ni con mayor encarnizamiento sostenidos por los antagónicos factores que teorizan y dan organización á las resistencias y luchas que en mal hora se concitan en daño cierto de la humanidad entera.

En esa lucha, hasta el presente, no hemos visto significarse á la razón con la alteza de miras y la serenidad que el doctrinarismo edificante exige, y por el contrario, sólo se echa de ver de una parte el sectarismo egoísta de escuela, pretendiendo llevarnos á los delirantes extremos de esas absurdas ideas, ya bastantemente combatidas en el terreno de los principios, para que ahora quieran imponerse como axiomas positivos y términos irrecusables de desenvolvimiento social.

Pero es lo cierto que esas teorías en cuanto alientan los egoísmos del proletariado, son excitante poderoso para enardecer las pasiones y exaltar los espíritus, en forma tal que engendrando su contraria los opuestos intereses de la llamada burguesía, propende de otra parte á la defensa de esa acometida con los mismos egoísmos, con análogos empeños que los puestos por la masa obrera para sostener lo que considera lesión de sus derechos, surgiendo así esa lucha del capital y el trabajo en la forma ruda, implacable, que ya estamos viendo significarse, no sólo en las adelantadas naciones del continente europeo,

sino también en nuestra desventurada patria y dentro ya de los límites, en el propio corazón de esta feracísima región de Andalucía.

Es de verdadera oportunidad tratar de este vitalísimo asunto ahora que se nos ofrece ocasión propicia para ello, no porque yo pretenda, ni mucho menos, haber desentrañado el sentido práctico de la solución de tan arduo problema, no porque en orden de la ciencia nada pueda decir que trace derroteros nuevos y mejores de los que dentro de los exclusivismos sectaristas de escuela, se han desenvuelto y propalado en las dos últimas centurias; antes por el contrario, huyendo de esos escollos, que son el *alma mater* de la perturbación que se experimenta y que preparan, si Dios no lo remedia, un porvenir angustioso y triste para los pueblos, he de concretar mis esfuerzos en estas ligeras indicaciones á señalar el gran equívoco que se revela en esa lucha de intereses, que antes fué lucha de clases, más tarde contienda de derechos civiles, luego de régimen político, para convertirse ahora, con tonos más sombríos, en contienda universal de ideas y de intereses y en lucha por la existencia de tal manera planteada, tan absurdamente sostenida, que no se necesita un sentido exquisito de observador experimentado para que inmediatamente se revele ¡cuánto hay de exagerado, de imprudente y utópico en los términos antagónicos de tal problema, precisamente cuando se trata de un asunto en que se necesita la mayor cordura, la más exquisita prudencia, el tacto más refinado para que las soluciones no adolezcan del virus pasional que está corroyendo y cancerando al cuerpo social, amenazando á la humanidad con un régimen de anarquía de todo punto incompatible con la civilización, con el progreso y con la misma existencia, si es que en los arcanos supremos no está decretado ya el entronizamiento del delirio convirtiendo al planeta en un cerrado manicomio.

El pleito que sostenían las clases obreras con la burguesía ó sea el trabajo con el capital, se me figura equivalente al de la fábula de los perros y de los conejos, en que éstos cuestionaban sobre si eran galgos ó podencos sus perseguidores. El ejemplo moral de esa fabulilla se sintetiza en la advertencia sapientísima de que no se deje lo que importa por descuido ó porfía de poco momento.

Por si el capital debe sacrificar su rédito en aras del trabajador ó si este debe contener sus exigencias en la remuneración de su trabajo, se ha despertado esa lucha que asocia con fatal egoismo á los conten-

dientes respectivos de cada una de las partes interesadas, y mientras la disputa se sostiene, lo importante se olvida con resistencias inconcebibles, hiriendo de muerte á la producción, con lo cual, si nada gana ninguno de los contendientes, es segura la pérdida para los dos, y sobre este mal, que ya es por su naturaleza fatalísimo, hay que agregar el desquiciamiento que por sí mismo representa en orden á la vida de la humanidad y á los más elementales principios económicos de solidaridad y conservación.

Los que frenéticos alientan esas luchas suicidas del capital y del trabajo ¿han podido calcular el alcance de esa campaña, y sobre todo, se han detenido á pensar en el daño económico irreparable que ocasionan con esa agonizadora esterilidad de la sistemática parada en los trabajos (*paro*, que dicen los obreros,) en cuyas resistencias funestas por igual se hieren y compadecen las energías del trabajador como es seguro el quebranto del capital?..

¿Han podido creer de buena fé esos ilusos que por el camino de la imposición se obligue al capital á ir más allá de lo que tuerza y menoscabe su legítimo y equitativo interés? Y si por el pronto el obrero obtuviese alguna ventaja ¿no es de creer, lógicamente pensando, que el capital busque en sus reservas el abrigo de esas acometidas, encerrándose en un medroso egoismo esterilizador, huyendo de verse expuesto constantemente á las duras imposiciones y continuas asechanzas del obrero?

Y si esta consecuencia es elemental y fatalmente había de evidenciarse por tales procedimientos ¿no ha llegado á pensarse con seriedad, qué es lo que sucedería si al cabo, por desesperación, se declarase la huelga del capital en represalia de la del obrero? ¿No sería entonces, ya que no se hace con oportunidad, llegada la hora de que la acción de los Gobiernos, atendiendo al bien general y por razón de salud pública, impusieran á todos de su deber, antes de que la ola anárquica arrolle y esterilice la vida en los pueblos sumiéndolos en la más completa ruina?

Indudable es que este asunto, por un pudor mal entendido y por anemia social reflejada en los poderes públicos, va tomando un carácter tan poco edificante y por tal manera censurable, que no parece sino que, dejados de la mano de Dios, los que mandan y los que obedecen, los obreros y los capitalistas, los patronos y los trabajadores, todos, en

fin, nos hemos puesto de acuerdo para herirnos en la mayor impunidad, para destrozarnos con la frialdad más refinada, para cumplir con todos sus dolores y quebrantos angustiosos, el decreto apocalíptico por Dios lanzado sobre las torpezas, abyecciones y maldades de la humanidad entera.

Si en los delirios de las convulsiones revolucionarias se llega al extremo de atentar al derecho de propiedad, de igual manera llegaría á negarse el derecho de libertad, el de ciudad, el de familia y, paso á paso, se concluiría por anular el concepto de la personalidad humana, que es lo mismo que entregar á las sociedades aherrojadas en brazos de la anarquía, espresión gráfica del disolvente absoluto de la moralidad en todas sus manifestaciones; es decir, que en plena civilización, cuando mayores son los encantos de la humanidad en sus plausibles deseos redentoristas, en medio de ese sol del progreso que por todas partes penetra y se bifurca con el ansia de lo verdadero, retrocedemos ¡insensatos! por lazos de brutal egoísmo, nada menos que á preconizar el escepticismo de los siglos oscuros de la barbarie, que engendraron las doctrinas Helvecianas que hacían dimanar todo derecho de la fuerza.

Hay necesidad de ser viriles y eminentemente prácticos para acabar de una vez para siempre, con esas luchas absurdas en que los idealistas, al concitarlas, seguramente que son extraños á los dolores y á las angustias que con ellas sufre el hogar honrado pero hambriento del pobre trabajador, al que hay que decirle, porque la sinceridad lo demanda, que su verdadera redención social estriba en la más acertada y constante aplicación de sus facultades á la producción, fomentándola en provecho propio y en el de los demás, aspirando por derroteros morales con el prudente ahorro de lo que malgastan en el vicio á crearse una posición desahogada que nunca está más lejos de obtenerse que cuando se la quiere improvisar, ni menos se la estima tanto que cuando es producto honrado de la constancia virtuosa y del esfuerzo laborioso.

El obrero discreto que así fomenta su bienestar, llega al cabo á convencerse de una manera práctica, pero segura, de que el capital no es más que trabajo acumulado y con esta persuasión se apartará con horror de esos demagogos económicos que miran con tedio al capital hiriéndolo y censurándolo, cuando así sólo ceden á pasiones bastardas

y romper los vínculos sociales, borrando de sus páginas el más hermoso lema de la personalidad humana, que es el derecho de propiedad en analogía y como secuela indeclinable de la libertad del trabajo.

Pero además de esto, hay que persuadir á la clase obrera, con razonamiento lógico, de la improcedencia de su actitud, hasta para el logro del objetivo que se propone. Bástele para ello reflexionar un momento en el fin á que se impulsa al trabajador con esa predicación absurda, que bajo el señuelo de un protectorado socialista, esconde, falaz é hipócrita, el anarquismo más demoledor y temerario de cuantos ha elaborado la perturbada inteligencia humana. Considerad por un momento paralizado el nervio productor de los pueblos; que por virtud de esa paralización se agoten las necesarias compensaciones para el consumo, y por ley necesaria y fatal, vendría, con el desnivel económico, el encarecimiento de la vida, y con este encarecimiento, los trastornos y los dolores de la humanidad, y en esos trastornos y en esos dolores ¡ah! los primeros lamentos serían los de las clases trabajadoras más necesitadas, que al cabo tendrían que reconocer el mal camino emprendido, si despechadas no se entregaban á la desesperación más lamentable: sin que entonces hubiera posible redención para la humanidad, presa de sus delirios, y convertidos los hombres en fieras despiadadas que tendrían que luchar sin freno por la existencia, con los estremecimientos propios de la hiena entregada á los más groseros instintos de destrucción y de ruina.

Es preciso que el obrero sepa esto y se persuada de que en nada amengua su dignidad el uso lícito, prudente y honesto de la libertad del trabajo; pero es preciso que entienda también que los abusos de la libertad con la misma libertad se curan, porque así como todo exceso engendra su contrario, de igual manera esos abusos de la asociación entre los trabajadores pretendiendo resistir é imponerse, traen por lógica y natural consecuencia las asociaciones de resistencia de la propiedad, y en contiendas tan absurdamente planteadas, la producción es quien recibe el golpe, y la producción afecta por igual á propietarios y trabajadores.

Esta es la verdad desnuda de artificios, sin que las ventajas parciales de momento conseguidas representen otra cosa que la pequeña satisfacción del amor propio, de igual manera que en las contiendas civiles el triunfo en una batalla reñida, podrá satisfacer en el instante

á una parcialidad, pero al cabo, la nación entera es la que sufre con las victorias y con las derrotas, ya que en los resultados de esas luchas fratricidas, sólo hay quebrantos tristes y humillaciones para la madre patria; y antes que sectaristas vergonzantes de ideas parricidas, estamos llamados todos á ser ciudadanos dignos, y esta dignidad obliga al sacrificio del interés parcial en aras de la conveniencia pública, pues de la misma manera que el hombre como ciudadano se debe al mayor lustre y engrandecimiento de la patria que lo alienta y vigoriza, de igual manera en el mundo económico resulta soldado de la producción; y desde el momento que por sus resistencias ó por sus pasiones la combate, es un menguado filibustero que hiriendo sus propios intereses perturba los de los demás y causa quebranto enorme á la sociedad, cuando precisamente el mayor galardón que ostenta en sus banderas es el lema de socialista, á cuyo nombre esas armas imprudentes se levantan asoladoras, torpes y sañudas, llevando en sus filos el más espantoso de los suicidios.

Estas advertencias no se encaminan, y libreme Dios de ello, á recomendar la servidumbre impía y abyecta de los tiempos pretéritos, ni es mi ánimo al expresarlas, contener en lo que tengan de justas las exigencias del obrero, que por lo mismo que en la sociedad representa el factor más necesitado, ya merece nuestro más decidido apoyo y consideración; tanto es así, que no va nuestra censura dirigida á la merma de sus derechos, ni á regatearle poco ni mucho sus empeños en cuanto tiendan á mejorar su condición y á demostrar sus aspiraciones en esa forma equitativa, correcta, verdaderamente justa, reveladora de la mayor racionalidad en la distribución de utilidades.

Lo que sí queremos significar con estas reflexiones es que el procedimiento de fuerza, violentando las corrientes económicas, conculcando los factores armónicos de la producción, extremando las exigencias más allá de la medida prudente de una buena distribución, todo aquello, en fin, que se dirige á cegar las fuentes de la riqueza, son deliquios perturbadores que á nada práctico conducen, como no sea al empobrecimiento y ruina de la sociedad entera.

Importa mucho que hagamos saber también que en esa lucha promovida entre el capital y el trabajo, no han sido exclusivos los egoismos del trabajador los que la sostienen, antes justo es declarar y reconocer que á ella contribuyeron los del propietario, que es preciso

se aperciba y comprenda que el montaje económico de los tiempos modernos consta de un mecanismo tan eslabonado y armónico, que tan pronto como el equilibrio flaquea por entorpecimiento de alguna rueda, la fábrica toda amenaza ruina y puede envolvernos en sus escombros.

Hay que desprenderse de toda venalidad, de todo egoísmo mal entendido, de toda pasión cesarista, de todo empeño de absorción mortificante; hay que tener presente que la dignidad humana no se halla vinculada en los poderosos y plutócratas, reconociendo que el espíritu democrático de la vida moderna ha encendido el alma de los hombres en términos de que las relaciones económicas y humanas nos igualan con vínculos de fraternal concordia, siendo todos, los de arriba y los de abajo, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los que mandan y los que obedecen, esclavos del derecho, observantes rigoristas de la ley, por igual obligados con fraternización niveladora al más acabado concierto de la vida social, de que depende el progreso de las naciones y el mayor respeto del ciudadano.

Se necesita infiltrarse bien de la sabia doctrina de Cristo respecto del uso de la riqueza, en el sentido de que el mayor goce que ésta puede ofrecer, estriba en saberla convenientemente distribuir, para que seamos justos como su Padre que está en el Cielo.

Y en el sentido económico de esa sana moral, necesario es también que lleguemos á procurar la más perfecta inteligencia distributiva en los elementos generadores de la producción, para que todos atiendan con equidad á sus necesidades, diferenciando y galardonando á los más aptos y virtuosos, para que el estímulo cunda y la producción aumente en beneficio propio y de las colectividades.

Es necesario también que en perfecta armonía de relaciones, comprendan patronos y obreros, propietarios y trabajadores, que unos y otros, burgueses y laborantes, no son en la vida económica más que ruedas dentadas ó máquinas de producción en las que cada individuo tiene señalada su órbita de acción, dentro de la cual debe girar con el mayor concierto, con la más arraigada solidaridad, que no debe quebrantarse por ningún concepto ni menos en el término del interés, ya que la mejor y más equitativa distribución ha de solicitar el espíritu de todos en aras de la más acabada conveniencia particular y social.

Inspirándonos todos en esta fraternal concordia, haciendo en lo



posible prevalecer el sistema de participación en las utilidades, hermanando todas las tendencias morales que vayan encaminadas á la producción más perfecta y económica, haciendo, en suma, por que el capital se centuple y la mano de obra se avalore, lo cual no es ciertamente difícil, se habrá logrado la redención á que se aspira, el mayor engrandecimiento de la patria y ese respeto de los demás pueblos, que hoy nos humillan con sus protecciones compasivas, como antes nos temieron por nuestra deslumbradora grandeza.

Aquí pudiera dar por terminados mis empeños, interpretando con fidelidad vuestro justificado cansancio y considerando que no me es lícito el abusar de vuestra cortesía; pero habeis de permitirme, antes de concluir, que recapacitando brevemente sobre las indicaciones que acabo de hacer, procuremos sintetizarlas encareciendo la necesidad de acabar con esas luchas estériles que llevan el sello del exterminio, sin que por otra parte la razón del interés la veamos surgir sino en los términos falaces del más reprobable equívoco.

El verdadero interés individual y social, la mayor conveniencia del ciudadano y de la nación, el mejor acomodo del hombre y de la sociedad, se halla siempre en el orden concertado y armónico de todas las aspiraciones, procurando que señalen una orientación positiva de progreso, que en la vida económica se revelaría por un aumento de producción tan segura y eficaz para el mejoramiento de todos, como es por el contrario indiscutible y elemental el agotamiento de las energías productoras y con ese agotamiento el marasmo de la vida social, en cuyos senos se precipitaría tumultuosa con el desconcierto la anarquía; sobrevendría entonces con la enervación el desaliento y con el desaliento y la perturbación, no lo dudeis, el más bochornoso descrédito y la muerte más infamante y despreciable.

Séame permitido, para concluir, saludar en esta generación de artistas y en su inteligente Director Sr. Montero Navas, á los obreros del progreso que, huyendo de esas entelequias absurdas y de esos atropellados equívocos, los vemos glorificados por el trabajo honrado y perseverante, que es el centro á que convergen orgullosas las más positivas grandezas de la vida moderna.

HE DICHO.



